

La familia de saltamontes

Había una vez una familia de saltamontes que vivía en un pequeño pueblo junto a un río.

Cada vez que querían ir al río, tenían dos caminos posibles.

Uno era largo, lleno de piedras, ramas, subidas, bajadas y obstáculos. El otro era corto, claro y sencillo.

Sin embargo, la familia de saltamontes siempre tomaba el camino largo.

Salían temprano de casa, pero aun así llegaban tarde. Llegaban cansados, enfadados, con las patas doloridas y preguntándose por qué ir al río era siempre tan difícil.





Un día, uno de los saltamontes más jóvenes se detuvo antes de empezar el camino y preguntó:

—¿Por qué vamos siempre por aquí?

Los demás se quedaron en silencio.

—Porque siempre hemos ido por aquí —respondió uno.

—Porque este es el camino que tomaba nuestra familia —dijo otro.

—Porque así nos enseñaron —añadió el más viejo.

El pequeño saltamontes miró hacia el otro sendero, el corto y despejado, y preguntó:

—¿Y qué pasaría si hoy probamos por ahí?

Al principio todos se asustaron.

—¿Y si nos perdemos?

—¿Y si no llegamos?

—¿Y si es peligroso?

—¿Y si ese camino no es para nosotros?

Pero, después de discutirlo un rato, decidieron probar.

Tomaron el camino nuevo.

Y descubrieron que también llevaba al río.

Solo que llegaban antes. Llegaban menos cansados. Llegaban con más ganas de disfrutar del agua, del sol y del día.





Entonces comprendieron algo importante: durante mucho tiempo no habían elegido el camino difícil porque fuera el único, ni porque fuera el mejor, sino simplemente porque era el camino que conocían.

Desde aquel día, la familia de saltamontes aprendió que no todo lo heredado tiene que repetirse, que no todo lo conocido es lo más adecuado, y que a veces la vida cambia cuando uno se atreve a hacerse una pregunta sencilla:

“¿Y si hubiera otra forma?”